

LEOPOLDO PANERO EN LAS MANOS DE DIOS

POR qué se le borra, a cada instante, a Leopoldo Panero ese nombre de Dios, que escribe también a cada instante? Su altísimo verso está transido de nostalgia y jadeante busca un límite que se le esfuma al palparlo. Ahí queda esa su autocomparación con la indecisa sinusoide de las olas:

*Y su nombre sin letras,
escrito a cada instante por la espuma
se borra a cada instante
mecido por la música del agua;
y un eco queda sólo en las orillas.*

Como la espuma se le desvanecen al poeta las palabras en el momento mismo en que pronuncia el nombre inaccesible. Todo su libro (1) es un continuo combate; con las cosas, con la amistad, con el amor, con el mismo Dios para arrancarle esa palabra única y sublime.

*Ahora que la noche es tan pura y que no hay nadie más que Tú
dime quién eres.*

Pero todo es en vano, según Panero, y alguna vez le oiremos decir desde la tierna humildad de su empeño no logrado:

(1) *Escrito a cada instante*. Edic. Cultura Hispánica. Madrid, 1949.



*Tus hijos somos,
aunque jamás sepamos
decirte la palabra exacta y Tuya.*

¡Maravilloso y profundamente humano este quehacer de su poesía, ese flujo y reflujo de su alma! Y es así—tenía que ser así—porque Leopoldo Panero es uno de esos poetas, para quienes la poesía no es más que lo que da la vida; lo que brinda el hacer continuo de las horas; el «cada día» con sus mil latidos y sus mil impresiones que trae a nuestra alma. A bocanadas se le entra el aire en los pulmones y por eso ese arraigo de su espíritu de que habla Dámaso Alonso (2). Los días y las horas se le figuran obvios e ingenuos; cada palpitación de su ser se le descuelga simplemente como un eco, como una resonancia natural de lo que ve y experimenta dentro y fuera de sí. De ahí su autenticidad. Leopoldo Panero es poeta a fuerza de ser hombre y—es sobre lo que queríamos llamar la atención con este estudio—es poeta religioso a fuerza de ser humana su poesía. De nuevo es preciso citar aquí a Dámaso Alonso (3), que ya ha hecho caer en la cuenta, de que toda auténtica poesía, más o menos directa o indirectamente, es, en último término, poesía religiosa. En pocos poetas contemporáneos será esto tan verdad como en Panero.

No es que vayamos a decir que todo hombre que se desliza por un cauce tan humano como este por el que fluyen sus sentimientos, haya de desembocar forzosamente en una vivencia auténticamente religiosa. La misma libertad humana, unas veces, las vicisitudes de la vida otras muchas, se encargarán de desviar esa trayectoria expuesta, de suyo, a mil vaivenes. Ejemplos tendríamos cuantos quisiéramos. Pero, con honda fruición del alma, tenemos que aceptar, que es la meta, el final lógico adonde llega un hombre que profundiza de verdad en la vida sin alambicamientos y sin impostaciones; con la sencilla naturalidad del que se encuentra un día ligado a su existencia y con mente y corazón limpios le busca un «por qué» a la misma. Este final que es meta forzosa de toda sana Filosofía, y adonde, como es obvio, nos lleva la Revelación, es, al mismo tiempo, patrimonio de la intuición poética. ¿No es en el fondo la poesía una emocionante y bella manera de acercarse a la esencia de las cosas?

(2) *Poetas españoles contemporáneos*. Ed. Gredos. Madrid, 1952.

(3) *Id.*, *id.*



Sería difícil de reducir a unidad esos modos de expresión de la poesía que conduce a Dios. Son múltiples sus formas, pero quizás la de Panero no sea de las más inaccesibles. Leopoldo Panero está en una creencia religiosa; más aún, auténticamente católica. Pero su poesía no es sólo religiosa por el tema; lo es con más verdad, -por su manera.

Como un ciego se siente el poeta en la noche de su alma buscando a Dios, experimentando, diríamos, la sensación más natural de este vacío. Y es tan fácil en su expresión que las palabras fluyen sencillas, como en una cotidiana oración:

*Todo mi corazón, ascua de hombre,
inútil sin Tu amor, sin Ti vacío,
en la noche Te busca,
le siento que Te busca, como un ciego,
que extiende al caminar las manos llenas
de anchura y de alegría.*

Palabras comunes las empleadas por el poeta, pero elevadas a un sorprendente lirismo

*todo yo, Cristo mío,
todo mi corazón, sin mengua, entero
virginal y encendido.*

Con la misma ingenuidad hablará de las restantes impresiones del corazón. Porque Leopoldo Panero no deja de vibrar con ningún sentimiento, con ningún eco que le traiga algo humano. En ese magnífico desgarre del alma que titula *Quizá mañana* nos dirá llana y dulcemente

*Sí, quizá mañana,
quizá mañana mismo me tenderé hacia Tus manos, Padre mío,
me tenderé temblando, adivinándome en Tu alma,*

y con la misma confiada zozobra, añade más abajo, adentrándose, aún más, en el tema de la muerte

*Y sé que quizá mañana quedaré tendido en Tu memoria,
y escarbarás en mis maldades, y tomarás a peso mi alma,
y estoy temblando en Tu balanza, estoy temblando ahora mismo, tem-
[blando fríamente.*



Mas vengamos ya a estudiar los dos sentimientos límites del corazón; la alegría y el dolor. En ellos vemos a Leopoldo Panero enlazarse también con Dios. Parece como si esta poesía profunda que le brindan el júbilo y la tristeza no pudiera desembocar sino en las manos paternales del Creador.

Sírvannos tres ejemplos de la dicha. Todos mezclados con el amor a su esposa. Es una de las grandes almas en la vida de Leopoldo. A través de toda su poesía se está palpando su presencia. En el primer ejemplo no aparece Dios directamente, pero he querido traerlo, para hacer resaltar más, al citar los otros casos, la naturalidad con que arranca su acercamiento al mismo. Es éste *En tu sonrisa*, un poema fresco y espontáneo; agua clara; si bien no hay parte de su obra que no sea transparente como el cristal.

*Ya empieza tu sonrisa,
cómo el son de la lluvia en los cristales.
La tarde vibra al fondo de frescura,
y brota de la tierra un olor suave,
un olor parecido a tu sonrisa.*

No puede ser más delicada y fina y al mismo tiempo más llana esta profunda vena de inspiración. Por eso, cuando en *Hasta mañana* le oímos decir:

*Tu sonrisa
se va durmiendo mientras Dios la mece
en tus labios, lo mismo
que el tallo de una flor en la corriente;*

no podemos pensar que es algo distinto ese ver a Dios en la sonrisa que se duerme. Es la misma línea. Es su auténtica manera de vivir la poesía. Y eso es su poesía religiosa; sólo un paso más en su humanismo. Faltaría algo a esta bella gama de emociones, si por acá o por allá no apareciera expresamente la bondad de Dios sosteniéndolo todo, alentándolo todo y haciéndolo pura lírica. Claramente lo ha comprendido Panero cuando, en una de las mejores composiciones del libro, en ese *Cántico* que ve en la esposa, le dice:



*La presencia de Dios eres tú. Mi agonía
empieza poco a poco como la sed. ¡Tú eres
la palabra que el Angel declaraba a María,
anunciando a la muerte la unidad de los seres!*

La presencia de Dios eres tú. Ya está la expresión más exacta. Ha llegado a fundir la figura de Creador con su obra. Esto, que a fuer de tradicional resulta a veces ajado, aparece aquí con todo su encanto. La presencia de Dios en las cosas, en esta altísima poesía, ha cobrado bella sencillez y elevadísima expresión al contacto mágico de sus palabras ungidadas de emoción. La presencia de Dios eres tú.

Respecto al tema del dolor, además de ese *Templo vacío*, nos ha trazado Panero un magnífico soneto de la desolación; magistral, sobre todo, por su expresión tradicional y nueva a un mismo tiempo. En *El templo vacío* leemos estos versos transidos de pena:

*Lo mejor de mi vida es el dolor. Tú sabes
como soy. Tú levantas esta carne que es mía.
Tú esta luz que sonrosa las alas de las aves.
Tú esta noble tristeza que llaman alegría.*

Es la poesía del tedio, de la tristeza amarga pero sin salir de una esfera natural. Aquí la huída a Dios es lo obvio, en un dolor que brota de las cosas. Véase el poema entero en confirmación de lo que digo. En *Casi roto de Tí*, apreciamos otro género de pena. Es la verdadera desolación espiritual, sea ésta provocada por motivos más o menos naturales o sobrenaturales. Y eso con esa nítida y franca expresión que brota ya desde el primer verso:

Como rotos de Tí tengo mis huesos.

Es quizás de las más estridentes maneras de Panero. Casi a lo largo de los cinco versos siguientes insiste en el mismo motivo.

*Tengo mi corazón como en baldío
de Tí; y estoy de Tí como sombrío
en la luz de mis bosques más espesos.*

*Mis altas horas arden, y mis besos
arden, queman de Tí.*



Hay una interrupción para realizar el sentimiento central con una comparación de la naturaleza, y después de volver a las formas de antes, termina con este verso clave para toda la poesía de Panero,

llenos de Ti mis huesos, pero humanos.

Aquí está indicado todo lo que es Panero; un poeta lleno del sentimiento de lo humano, humanísimo, pero lleno, al mismo tiempo, de Dios; hasta los huesos, según dice la frase vulgar, y que él nos acaba de informar tan líricamente.

Y por humano y ungido al mismo tiempo, recoge el tema del prójimo doloroso como en esos versos que dedica a Macaria la castañera:

*...Allí estará también la castañera
de ocho pares, y el humo de los céntimos.
.....
..... y el rescoldo retirado
de mucha soledad en este mundo.*

Tan alta es su inspiración en este poema, que en la expresión desciende hasta la más vulgar anécdota sin que desdiga en nada.

*Se llamaba
Macaria, lo recuerdo fijamente
igual que si las letras fueran brasas
dentro del corazón.*

Líneas más abajo, dejándose llevar de este humanísimo sentimiento de compasión; de complacencia cristiana ante el premio eterno que recibe el que lloró en este mundo, Leopoldo Panero rompe en esta exclamación:

*y en mi alma
siento aquella suprema mansedumbre
de compasión, por mí que estoy ahora,
no en las manos de Dios, sino penando,
llorando por la piel de mis mejillas.*

Pero no. Leopoldo Panero no puede desdeírse a sí mismo; su poesía le delata y le define como anclado en las manos de Dios. Anclado en las



manos de Dios como esto puede ser mientras perdura nuestra singladura por este mundo; con sus días de luz y sus noches de desolación; con sus gozos y sus tristezas; esa tristeza de ser hombre que tan bien ha expresado en su libro.

Tal es Leopoldo Panero y tal es su poesía. Sólo le queda en la vida y en el verso reiterar una y mil veces su nívea petición cumbre; la que ha provocado su mejor poema a mi gusto; volver a decir con la misma sencillez y la misma blancura de estos versos que le deseamos y auguramos que serán oídos.

*Ahora que el estupor me levanta desde las plantas de los pies
y alzo hacia Tí mis ojos,
Señor,
dime quién eres,
ilumina quien eres,
dime quién soy también,
y por qué la tristeza de ser hombre, Tú que andas sobre la nieve.*

